

La memoria débil o de la crisis de la memoria colectiva

1. Una reflexión crítica en torno a la «modernidad débil»

Reflexionar sobre la (supuesta) crisis de la memoria es en gran medida también reconsiderar la crisis de la cultura, cultura entendida en sus múltiples acepciones y variaciones¹ y en particular la tan remanida crisis educativa. Evidentemente de haber una crisis de la memoria colectiva, debería de haber una crisis de la cultura cuyo nudo gordiano lo constituyen, precisamente, los ideales de la *paideia*.

Cae de suyo que la educación estará en crisis (o eso será percibido por la sociedad) si no se reconoce un *minimum* de contenido común para preservar, aun críticamente, en la memoria del *socii*. Sin embargo eso resulta si no utópico poco probable en el contexto de la *modernidad líquida* (Bauman 2000) precisamente por la compleja y crítica relación que se establece entre la *cultura*, en el sentido de la semiosfera lotmaniana (1996) y la *educación* en tanto ideales de la *paideia* (Jaeger 1933).

Precisamente Bauman (dentro de los límites del pensamiento débil al cual describe metatextualmente configurándolo) trata de dar cuenta de la peculiar si no paradójica relación entre la semiosfera y la *paideia* en el contexto de lo que llama *modernidad líquida*, o sea, posmodernismo.

Bauman describe a esta *modernidad líquida* como un cambio epocal del paradigma moderno (¿postmoderno? ¿ultramoderno?) que afecta prioritariamente a la educación como proceso social al que no duda en describir como crítico, si bien esta crisis permitiría —según la visión de Bauman— pensar lo nuevo a partir de la redefinición de la educación atendiendo a sus factores y a sus orígenes. Así, resalta las posibilidades que toda crisis abre: la opción de pensar lo nuevo, para inventar otras maneras de decir y hacer que nos permita superar «el vértigo del vacío insoportable que sufrimos».

¹ Ver un planteo paralelo sobre la temática en «Los límites de la *mnemoteca*» (Mancuso 2014).

O dicho de otro modo: la crisis de la Modernidad, su licuefacción, provoca precisamente la licuefacción, no solo de la «educación» (como cosa, como institución) sino también de sus condiciones de posibilidad como proceso social, como posibilidad sin más, dado que la crisis la excede pero se concentra, confluye, en ella.

Es decir, la Modernidad «clásica» se licuifica primero y principalmente por un cambio en la conceptualización del tiempo: la transformación del tiempo lineal en puntillista, que dificulta las prácticas ancladas en el tiempo lineal de la *modernidad sólida*. Este punto de vista de un tiempo puntillista, fragmenta la lógica, produce ilusiones y diluye la noción de identidad. Por lo que, la cultura del presente necesita reinventarse de modo continuo.

Los jóvenes —sigue Bauman— son «proyectiles inteligentes», cambian de dirección, se adaptan a circunstancias variables, detectan de inmediato los movimientos que comienzan a producirse, ya que de esto depende su supervivencia. Lo que conlleva a que sean escépticos respecto a las promesas y supuestos valores, aceptando en cambio la fórmula de una educación a lo largo de toda la vida. Es decir, la solidez del contenido mínimo educable se disolvió, es amorfo, relativo, maleable, por lo que no se inicia ni se concluye en ninguna institución educativa en particular.²

Sin embargo, en nuestra opinión, el sujeto de la *modernidad líquida* —literalmente un sujeto no (totalmente) educado— la padecerá tanto o más que el sujeto de la *modernidad sólida* y eso se manifestará en lo que Bauman describe como «síndromes de la *modernidad líquida*».

Ante todo, el *síndrome de la impaciencia*: esperar se ha convertido en una circunstancia intolerable.

En nuestros días, toda demora, dilación o espera se ha convertido en un estigma de inferioridad (...) El emblema de privilegio (...) es el acceso a los atajos, a los medios que permiten alcanzar la gratificación instantáneamente (...). El ascenso en la jerarquía social se mide por la creciente habilidad para obtener lo que uno quiere (sea lo que fuere eso que uno quiere) *ahora*, sin demora (Bauman 2005(2007):22)

² Sin embargo este «nuevo» tipo de educación líquida, no evita que los jóvenes caigan en la trampa capitalista de la creación constante de nuevos mercados, de por vida, como reconoce el mismo Bauman.

En segundo lugar, la licuefacción de la Modernidad afecta paradójicamente al núcleo duro de la *modernidad sólida*: el *conocimiento*. En la *modernidad sólida* el conocimiento era un paquete de informaciones mínimas indispensables, un conocimiento enciclopédico, taxonómico, perdurable; si bien *modificable* también *acumulativo* y *perfectible* (definición última de la ciencia según el positivismo crítico del siglo XX); del saber, se esperaba que durara, como condición de posibilidad del mismo, precisamente la educación tenía valor en la medida en que perdurara como herencia del pasado y como proyecto de vida a futuro. Sin embargo en el mundo de la *modernidad líquida*, la solidez de las cosas es vista con una valencia totalmente negativa pues se interpreta como una amenaza. Una amenaza para la libertad, en especial la *de movimiento* puesto que reduciría la capacidad de aprovechar las nuevas y todavía desconocidas oportunidades en el momento que se presenten. El sujeto moderno-líquido es, lo sabemos, un nómada desarraigado y que *cree poder enunciar absolutamente todo sin censura previa*.

Por otra parte, estas dos cualidades solidarias (nomadismo e impaciencia) confluyen en la noción de cambio líquido: el mundo cambia constantemente como un electrón cuántico, sin ton ni son, sin destino prefijado, (cuasi)azarosamente, en el contexto de un proceso implícito. Este cambio continuo, pretende desafiar la «verdad» del conocimiento existente y «toma por sorpresa a las personas incluso más y mejor informadas». El aferrarse a algo, o a alguien *llevaría a desastres* en lugar del éxito (¿asegurado?). El sujeto no vale tanto por sus logros pasados sino por el éxito de su último proyecto hodierno.

Finalmente, la tríada de los síntomas, el nomadismo, la impaciencia y el cambio perpetuo, no pueden no afectar a la memoria como concepto no sólo clásico sino también moderno. La memoria de la *modernidad sólida* era el constructo-reservorio constituido por la suma de la enciclopedia y la *paideia* que aseguraba el *mínimum* de saber necesario para circular y ser productivo en la semiosis. Sin embargo, en la *modernidad líquida* y como consecuencia de sus síndromes es una memoria relativa, maleable, fácilmente modificable por la hegemonía enunciativa del relato. Como ya no es erudita puede considerarse no verdadero sino siquiera verosímil cualquier construcción narrativa suficientemente repetida por los *mass-media*, especialmente si su ropaje es el del relato revisionista o contracultural. Esta memoria líquida, entonces, permite desplazarse velozmente, conocer y saborear todos los (no)lugares, moverse lo más rápido posible; tomar lo que se considera necesario en ese momento e irse. La memoria sólida —bloqueante— ya no es de gran uso y es sistemáticamente reemplazada por

servers electrónicos y virtuales, que facilitan el rápido paso por aquellas áreas de conocimiento que se requieren en un momento dado. A su vez, la saturación de información (necesaria, gris e incluso inútil) aparentemente no pesa pues es fragmentaria, se *licuifica* fácilmente porque nunca se la enfoca en su masividad. Así como el tiempo es puntillista —o sea breve, pasajero, cotidiano— la información es detallista, mínima, fragmentaria, no memorizada pues es fácilmente recuperable en los bancos de datos de la omnímoda Web.

2. Apocalipsis mnemónico

Iniciemos con una expresión «apocalíptica»: la crisis de la memoria colectiva contemporánea podría resumirse en dos expresiones antagónicas, a saber:

«Decir/hacer inopinado» vs «Decir/hacer dialógico y responsivo».

Esta última versión, a todas luces preferible (sea desde una perspectiva neoiluminista y neo-socialista; sea —paradójicamente— desde una perspectiva conservadora-culturalista) se opone a la más difundida opción, masiva y de corte contracultural propia de la difusa posmodernidad cuya apoteosis enaltece las diferentes subjetividades desenfadadas. Es decir, el proyecto de un neo-individualismo extremo que se refugia en el concepto de «libertad absoluta», pasto de tantos despotismos encubiertos en el «consensuado» pensamiento único.

En cambio, un decir dialógico y responsivo, pretende integrar diversidades sin diluir insalvables diferencias; mantener los tonos y los colores a pesar del constante *sfumatto*. Este diálogo implica y sobrentiende la responsabilidad en toda su dimensión, hacia nosotros y hacia los otros.

En contexto postmoderno, cada uno «elegiría» su modelo comunicativo y pragmático y por ende ético. O eso se pretende.

Según Umberto Eco,³ la crisis de la memoria colectiva actual se manifiesta en la ausencia de confrontación crítica; «aplastamiento y extensión del presente» y «falta de adecuados filtros al acceso informativo».⁴ Estos son precisamente «los puntos críticos de la Web en la actual intemperie cultural».

³ Ver entrevista en este número.

⁴ Salvo contadas excepciones, muy particulares, tales como las revistas científicas por ejemplo.

Eco vuelve a presentarse como «apocalíptico» pero... sólo a medias y de un modo muy particular, casi híbrido o, por qué no, «débil». Incluso propone una fórmula original, curiosa, paradójica, indudablemente lograda: *para evitar el drama de la memoria débil, basta pasar de la indiscriminada «toma de la palabra» a la consciente «toma de la memoria», o sea, dicho vulgarmente: hablar menos y pensar más o por lo menos recordar.*

La propuesta se asemeja no casualmente a lo mejor de Wittgenstein: la aporía desafiantes de la conclusión del *Tractatus logico-philosophicus* (1922) y el remate de su aguda *Conferencia sobre ética* (1929).

Este recordar, sin embargo, no pretende ser elitario: no se refiere solamente a la «alta cultura» —¡pero tampoco la excluye!— sino también a la cultura de masas; una síntesis extensiva, desarrollada entre la cultura de masas y la alta cultura y jugar, dentro de sus límites, a fin de enunciar nuevas *misreadings* que nos reconduzcan a una memoria si no absoluta sí al menos extensa y constante.

El *status quo* actual de la memoria débil se encarna y protege en una memoria supuestamente total pero que resulta pasiva, acumulativa y acrítica. La Web es una memoria-depósito que pierde toda potencialidad reproductiva o revulsiva desde el momento que deviene intacta, pues sólo acumula y cuando clasifica su valor prioritario es el lucrativo. Sólo una mínima, marginal, previsible e inducida parte de la misma es navegada asiduamente. Se patina en los márgenes del lago congelado, insistentemente, pero pocos se adentran en los meandros del «bosque oscuro», no tanto por temor sino simplemente por docilidad y comodidad, por escapar a la identidad y a la diferencia y quedarse en la indeterminación de los no-lugares iterativos y símiles.

Por milenios la cultura fue el inestable resultado de la dialéctica entre el recuerdo y el olvido; el recuerdo de lo que resultaba pertinente y práctico y el olvido —parcial— de lo que ya no resultaba pertinente, acumulado pasivamente en los depósitos de la enciclopedia. La pretendida novedad de la *modernidad líquida* pretende recordar todo (en el depósito de la Web total) que será leído en el aquí y ahora del tiempo puntillista y del recuerdo inmediato. Sin embargo este actualizar se torna una triste ficción. No se puede actualizar lo que no se recuerda en absoluto, simplemente porque no se lo conoce y por ende no se lo considera ni pertinente ni práctico. La memoria débil nos conduce inevitablemente a la desolación de la más cruel ignorancia: a ignorar que se ignora; a pasar por alto que tal vez existe una opción a nuestra intransferible

soledad cotidiana. A riesgo de conformar un no-lugar de la no-cultura donde nada se confronta y nada se refuta. ■

REFERENCIAS

BAUMAN Zygmunt

2000 *Liquid Modernity*, Cambridge: Polity Press y Blackwell Publishers Ltd.

2005 *Los retos de la educación en la modernidad líquida*, Barcelona: Gedisa, 2007.

JAEGER Werner Wilhelm

1933-47 *Paidea, Die Formung des griechischen Menschen*, Berlin: W. de Gruyter (I, II, III).

LOTMAN Iuri M.

1984 «O Semiosfere» in *Semeiotiké. Trudy po znakovym sistemam*, 17: 5-23; (tr. esp.: «Acerca de la semiosfera» en *La semiosfera I*. [NAVARRO Desiderio (ed.)], 1996: 21-42).

MANCUSO Hugo R.

2014 «Los límites de la mnemoteca», *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, 60, 4:217-18.

WITTGENSTEIN Ludwig

1922 *Tractatus logico-philosophicus*, London: Routledge & Kegan Paul; (tr. esp.: Madrid: Alianza, 1987).

1929 «Lecture on Ethics», *Philosophical Review*, 74,[1965]: 3-12; (tr. esp.: *Conferencia sobre ética*, Barcelona: Paidós, 1989).